¿Qué hizo, pues, el Hijo de Dios? Quiso añadir el acto á las palabras, el ejemplo á la elección. Él fué el primero á llevar su cruz, y de ese modo nos mostró á un tiempo mismo la necesidad y la manera de llevar á nuestra vez nuestra cruz.

Pues bien; esa misma lección, esa lección práctica, la reproduce hoy en el monte de las Olivas. ¿Por qué ese monte no fué, en efecto, el primer teatro de su Pasión? ¿No fué en ese monte en donde aceptó en su oración la cruz de manos de su Padre celestial? ¿No fué allí en donde comenzó á llevarla en su corazón, antes de llevarla sobre sus hombros? ¿No fué allí en donde la tierra regada con su sangre atestiguó su martirio, lo mismo que la vía Dolorosa y la cima del Gólgotha? Aquí, pues, sin necesidad de palabras, y por sólo el hecho, más elocuente que ningún otro lenguaje, nos repite su grande enseñanza, su grande invitación: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo, que tome su cruz, la coloque sobre sus hombros, y marche detrás de mí.»

Así son condenados de antemano ciertos sistemas tan absurdos como funestos, que tienden á hacer que cese todo padecimiento sobre la tierra, y niegan con la mayor audacia la necesidad de llevar la cruz.

Aquí me es indispensable detenerme para desvanecer ciertas prevenciones que podrían suscitarse contra nosotros; y preguntaré si por casualidad se imagina que los que nos resignamos al yugo de la cruz y deseamos hacer partícipes á todos de nuestras convicciones, aspiramos á ver al hombre siempre y en todas partes padeciendo y crucificado... No, hermanos mios; no es ese el objeto del Evangelio. Ahí está la historia para atestiguar que el clero católico ha tomado en todo tiempo, en los padecimientos de la humanidad, un interés mucho más sincero, más activo y eficaz que la filantropía moderna. Ni entre los publicistas, ni entre los filósofos desvanecidos con

sus sueños, sino en las filas del clero católico, encontrará ningún país los Vicente de Paul, Camilo de Lelis, José de Calasanz y Tomás de Villanueva. Sin embargo, estamos muy distantes de condenar en globo todo sistema nuevo, ni de rechazar en masa á todos los que adoptan ciertas teorías. Sabemos, según San Pablo, que en todo sistema de error puede haber algo verdadero, intenciones puras, convicciones sinceras y sentimientos generosos en todos los partidos.

Así, mientras los sistemas á que aludimos se propongan por medios legales y pacíficos mejorar la suerte de los pueblos, disminuir los padecimientos que pesan sobre nuestros hermanos, y dulcificar al menos los que siempre quedarán, nosotros no veremos en ellos más que inspiraciones generosas, santas y completamente cristianas. Porque aliviar los males físicos del hombre, proporcionarle consuelos para aquellos á que no le es posible sustraerse, es uno de los grandes pensamientos de Jesucristo, uno de los grandes beneficios de su Evangelio. Ese es todo el código de la caridad cristiana; es una de las más constantes preocupaciones de la Iglesia. Porque, á no ser así, ¿habría excomulgado á tantos opresores de los pueblos, abolido la esclavitud, condenado la usura, y lanzado sus anatemas contra la explotación del hombre por el hombre? ¿Por qué ha creado y fomentado esa prodigiosa variedad de congregaciones, verdaderas legiones de héroes de la caridad, que con un celo y una abnegación sublimes han acometido la empresa de luchar contra todas las miserias y todos los dolores humanos, y eso mucho antes de que ningún filósofo, ningún publicista hubiese pensado en nada semejante?

Pero cuando se lleve la exageración de los sistemas hasta el punto de querer trastornar y destruir el orden social actual, en vez de corregirle y de perfeccionarle; cuando se pretenda sustituir al orden presente otro orden

de cosas enteramente quimérico, pagano é imposible; cuando se quiera fundar una sociedad sobre el DERECHO con exclusión de todo DEBER, sobre el egoismo con exclusión de toda abnegación, sobre la supremacía de las pasiones con exclusión de todas las virtudes; cuando se llegue hasta destruir la familia por un sensualismo embrutecedor, la propiedad por la comunidad de los bienes, la dignidad del hombre por la incertidumbre de la paternidad y por una promiscuidad ignominiosa; cuando se pretenda decretar la suspensión ó cese de todos los padecimientos, la abolición de todos los males, y, en una palabra, trasformar este valle de lágrimas en un paraíso de deleites, lo declaramos altamente, respetamos bastante la palabra de Dios, amamos bastante al hombre, conocemos demasiado á la humanidad, para negarnos á aprobar unos sueños tan absurdos como funestos.

Y digo absurdos, por el mismo Jesucristo que dijo: «Tendréis siempre pobres entre vosotros;» dijo también que todo hombre tendrá que sufrir padecimientos y llevar una cruz durante toda su vida: *Tollat crucem suam.* Pues bien: ¿qué cosa más absurda, por no decir impía é insensata, que el pretender oponerse al cumplimiento de un doble oráculo que salió de los labios del Hijo de Dios? ¿Qué cosa más absurda que el pretender en nombre del Evangelio dar un solemne mentís al Evangelio mismo? No, hermanos mios; no será así: el cielo y la tierra concluirán antes de que quede sin efecto y resulte vana una sola de las palabras del Verbo encarnado. Ahí está la historia de la humanidad para garantizar nuestras aserciones.

Mientras haya hombres sobre la tierra, habrá pasiones, pecado y desorden; y por consecuencia, habrá también miserias, enfermedades, padecimientos físicos y morales, sin hablar de los castigos de Dios, que no faltarán.

La cuestión no podría ser, pues, más que de más ó de menos. La pobreza y los padecimientos, ¿encontrarán ó no alivios en los gobiernos y en el desprendimiento de la caridad? Ese es el problema que hay que resolver. Querer buscar otra cosa que paliativos, dulcificantes y la disminución del mal, es lo mismo que rebelarse contra una sentencia que no por eso dejará de tener cumplida ejecución; es querer realizar quimeras y cuanto de más absurdo han producido los delirantes sueños de la imaginación humana.

Debemos añadir que esos sueños no tan sólo son absurdos, sino que son también en extremo funestos. En efecto, la ciencia humana, la política humana, las leyes y las constituciones humanas, impotentes para curar los males que proceden de la voluntad, y más impotentes todavía para curar los que resultan de la naturaleza misma del hombre, no pueden asegurar á todo el mundo el bienestar y la felicidad que son el sueño de todos. En esas utopias se promete, pues, lo que á ningún hombre le es dado realizar; el bienestar y la felicidad. De ese modo se sobreexcitan la ambición y las aspiraciones febriles de la indigencia hácia una felicidad imposible, mientras que se la despoja de los bienes reales que son los que dan la tranquilidad, la resignación, la esperanza cristiana. Se despiertan en las masas horribles instintos, y para satisfacerlos no se las presenta más que el crimen y fantasmas. Así, tratando de realizar el bienestar corporal, se degrada y se embrutece á las almas, se las promete una mentida felicidad sobre la tierra, y se las coloca en la imposibilidad de conseguir la única felicidad verdadera; la del cielo. Se las hace olvidar sus destinos inmortales, y renunciar á la sociedad de los ángeles, para convidarlas á los goces de los brutos.

Los que, impulsados tal vez por un sentimiento generoso, han emprendido semejante camino, deben tener

mucho cuidado con lo que hacen. Han querido presentarse como los amigos de los hombres, librándolos de la cruz, y pueden muy bien llegar á ser sus más crueles enemigos, sus verdaderos verdugos, proporcionándoles irremediables tormentos. Ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo; sus esfuerzos no tienden nada menos que á luchar contra un decreto divino, irrevocable é inflexible. La cruz es la condición imprescindible de la felicidad que nos espera en el cielo. Ese decreto, impreso ya y grabado en la constitución presente de la humanidad, ha sido sellado en la regeneración misma del hombre, ha sido escrito con la sangre misma de un Dios, y Jesucristo le ha llevado consigo al cielo como para guardarle en los eternos archivos, hasta el día en que el signo augusto de la cruz preceda al Juez Supremo al bajar de los cielos.

Creednos, hermanos nuestros; con grande repugnancia os repetimos estas terribles lecciones tan contrarias á las máximas del mundo, tan duras quizá y tan amargas para la delicadeza de algunas personas. Hombres también, y por vocación é inclinación amigos de los hombres, no quisiéramos, por todos los tesoros del mundo, afligir ni disgustar inútilmente á nuestros amigos, á nuestros hermanos. Quisiéramos, por el contrario, poder deciros sin engañaros, que no cuesta nada á la naturaleza el llegar á ser discípulos de Jesucristo. Quisiéramos poderos decir que halagando á la carne, procurando honores, acumulando riquezas, sometiéndose al mundo, siguiendo sus preocupaciones y sus usos, y caminando por sendas risueñas y sembradas de flores, se puede llegar al reposo y á la felicidad del cielo.

Pero si usase ese lenguaje, en vez de ilustraros os engañaría, en vez de edificaros os escandalizaría, y os mostraría el camino de la perdición en vez del de la bienaventuranza. Daría en este día un mentís sacrílego á mi

Maestro, que es también el vuestro, y á mi Señor y Dios, que es también vuestro Dios y Señor. Largo tiempo antes de su muerte había dicho, y me parece haberlo confirmado más y más el día de su ascensión: «El reino de los cielos es el premio de la violencia, la recompensa de aquellos que para no temer ninguna violencia de lo exterior, comienzan por contrariarse á sí mismos» (1). Él es quien puso por condición esencial para nuestro alistamiento entre sus discípulos, y para nuestra participación en su victoria y en su triunfo, estas tres cosas indispensables: la abnegación de sí mismo, *el llevar la cruz*, y la imitación de los ejemplos del Redentor. La huella de sus pasos marcada en el antiguo teatro de su agonía, el signo de la cruz por el que da á sus discípulos su suprema bendición, permanecen como las últimas notificaciones de la irrevocable sentencia. Lo único que puedo decir para consolaros es que, marchando en pos de Jesucristo, veréis á la fe perder sus dificultades, á la ley sus repugnancias, á la penitencia sus amarguras, á la piedad sus tristezas, al camino de la salvación sus espinas, y á la muerte sus horrores. Puedo hablaros así con toda seguridad y con tòda autoridad, porque Jesucristo mismo es quien ha dicho: «Mi yugo es suave y mi peso ligero (2).» Hé ahí por qué, á mi parecer, Jesucristo no quiso dejar definitivamente la tierra el día de sus angustias y de su muerte. Desde sú resurrección hasta el día de su partida á los cielos, todo fué calma y serenidad en Él y en derredor suyo: jamás se apareció á sus discípulos sin desearlos y sin darles la paz. Hé ahí por qué sin el auxilio de ninguna criatura, y sin ningún esfuerzo de su humanidad, se elevó hácia los cielos. Hubiera podido elevarse en medio de truenos, relámpagos y tempestades. Pero en-

(1) Regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (*San Mateo*, XI, 12.)

(2) Jugum meum suave est, et onus meum leve. (*Ibid.*, 30.)

tonces no nos hubiera dado esa grande enseñanza que nos da la apacibilidad de su triunfo. Porque si los esfuerzos, la lucha, las torturas, son la condición del triunfo, la virtud divina que resplandece en nosotros por las operaciones de la gracia, cuando á Dios place, nos eleva tanto sobre la naturaleza, que las tempestades, los terrores, las persecuciones, las angustias y los dolores pasan como si no lo fuesen, y entonces, impelidos por la gracia divina, nos elevamos hácia un mundo superior, con mucha mayor facilidad que con la que caemos en virtud de nuestra pesadez ó gravedad natural hácia las cosas ó lugares inferiores.

Considerad, pues, hermanos mios, con los ojos de la fe el grandioso y magnífico espectáculo que nos presenta la Iglesia militante viajando por la tierra, siguiendo las huellas del Salvador, antes de llegar á ser, por su libertad, la iglesia triunfante. A su cabeza se halla Jesucristo, que desde lo alto del Calvario, y señalando su cruz, va repitiendo esta grande lección: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo, que coloque sobre sus hombros su cruz, y siga mis pasos.» Inmediatamente después sigue la augusta María, su divina Madre, llevando la cruz de sus dolores maternales, tan pesada como la corona de sus privilegios, de sus méritos y de sus virtudes. Vienen en seguida los Apóstoles con la cruz de su apostolado; los mártires con la cruz de sus tormentos; los doctores con la cruz de sus estudios y de sus luchas contra el error; los confesores con la cruz de sus pruebas y de las persecuciones de toda especie; las vírgenes con la cruz de sus alarmas y de sus mortificaciones, coronada con el lirio de su pureza; los penitentes con la cruz de sus vigilias, de sus lágrimas, de sus tentaciones y de sus austeridades; y, en fin, la innumerable multitud de los fieles adoradores del verdadero Dios, todos los justos, todas las almas puras y santas de

los dos Testamentos, todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de toda edad, de todo sexo, de toda condición, con las diversas cruces de todos sus heroismos públicos y secretos, de todas sus penalidades interiores y exteriores, de todas sus privaciones, de todos sus enemigos, de todos sus desamparos. Entre esa inmensa multitud de fieles que marchan en pos del Hombre-Dios, no hay uno solo que, cargado con su cruz, no presente á un mismo tiempo el signo del dolor marcado sobre su frente, la tristeza del dolor impresa en su rostro, las lágrimas del arrepentimiento en sus ojos, las huellas de la penitencia en su cuerpo, y las llagas de la abnegación en su corazón.

Mas al mismo tiempo observad también ¡cuán radiante brilla en esa santa caravana el júbilo sincero sin ningún temor!... ¡Cuán intrépida es su marcha, y cuán seguro su paso!... No os asombréis; sus intenciones son puras, y se fijan siempre sobre el objeto único y perceptible para los ojos perspicaces de su corazón. Sus sentimientos son sublimes: nada contiene ni retarda el vuelo de esas palomas afectuosas, que con ala segura se lanzan hácia Dios. Su vida es perfecta, y no tienen temor de aspirar á cosas demasiado elevadas, ni de tomar por modelo un tipo demasiado perfecto, en la escuela del que ha dicho: «¡Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.»

No, no; nada debe asombrarnos aquí: la fe es la base de todo el edificio de su virtud; la fe es el primer motor de todos sus movimientos; la fe es la vida de su vida. La confianza, nacida de la fe, los sostiene; el ejemplo de Jesucristo, autor y consumador de la fe, los alienta; la caridad, trasformación de la fe que obra por amor, la caridad los hace superar, devorar, por decirlo así, todos los obstáculos: el espíritu de Dios, espíritu de fuerza á la par que de dulzura, es para ellos una unción

que consuela, llama que depura y santidad *que adorna*.

¡Cuán augusta, cuán amable á los ojos de Dios y de los hombres es esa santa sociedad de los elegidos de Dios, viajeros de la tierra y ciudadanos del cielo!... ¡Oh! ¿quién os proporcionará á vosotros, á mí, á todos nosotros, marcados con el sello de Jesucristo, quién nos proporcionará el ser incorporados á Él? ¿No podemos al menos, aun cuando seamos hijos degenerados del Padre común, no podemos al menos deslizarnos en esas gloriosas filas, á favor de la sombra de la cruz, por la tolerancia de esa tierna Madre, que no quiere que perezca ninguno de sus hijos?... ¡Apresurémonos; todavía es tiempo de ser inscritos en esa augusta milicia!... Si no podemos ocupar un lugar entre los inocentes y las vírgenes, podemos, y no depende más que de nosotros, ser admitidos entre los penitentes. Nadie está excluido: todo hombre es invitado, llamado al séquito de Jesucristo, con tal que se presente con la cruz sobre los hombros, la abnegación en el corazón y en los labios, y la resolución de marchar por los mismos pasos de Jesucristo, expresada por todos los actos de su vida.

¡Dichosos, hermanos míos, si la muerte nos sorprende en medio de esa santa sociedad, en ese camino en apariencia tan áspero, tan escarpado, tan impracticable, pero en realidad tan tranquilo, tan seguro, tan delicioso!... Ese es, en último resultado, el único camino que conduce al cielo. No dilatemos, pues, el entrar en él, porque cuando hayamos tenido el valor de seguir á Jesucristo al Calvario, en su cruz, en su dolor, en su humillación, en su muerte, seremos admitidos á participar de su eterna gloria, de su eterna vida: *Si compatimur, ut et conglorificemur*. Así sea.

SERMÓN

PARA

LA FIESTA DE PENTECOSTÉS.

Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ. (*Sal.* CIII, 30.)

Enviad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.

Hablando de la tierra que la omnipotencia de Dios acababa de sacar de las profundidades de la nada, el historiador sagrado nos dice que estaba vacía y estéril, y que, rodeada de densas tinieblas, no era más que caos y abismo (1). También se ha dicho que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas (2), como para fecundizarlas (3). Así, la virtud del espíritu de Dios no debió permanecer extraña ni á la creación de la luz y de los astros, ni á la fecundación de las plantas que revistieron el globo terrestre.

Esas profundas palabras, históricamente verdaderas, eran también misteriosamente proféticas; y al mismo tiempo que nos revelan el estado del mundo material, en

(1) Terra autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi, (*Génesis*, I, 2.)
(2) Spiritus Domini ferebatur super aquas. (*Ibid.*)
(3) Instar incumbentis avis. (*San Jerónimo.*)